

Suscripción

Gerona un mes . . . 1 Pta.
Provincia y resto
de España Trim.º 4 "
Extranjero " 7'50"

Número suelto

5 Céntimos

CIUDADANÍA

Diario republicano autonomista de avisos y noticias

Anuncios, remitidos
y expuestas
Precios convencionales
De los originales firma-
dos son responsables
sus autores

AÑO I

OFICINAS:

Rambla de la Libertad, 33.-GERONA

Viernes, 11 de Noviembre de 1910

Dirección Telegráfica:

CIUDADANÍA.—GERONA

Núm. 85

Doctrina republicana

Cada vez que un acontecimiento sensacional se produce en la vecina nación—ahora la huelga de los ferro-viarios ha suministrado el pretexto—toda la prensa conservadora, A. B. C. al frente, se pone en campaña para atacar la mismísima doctrina republicana. Afortunadamente, son tan sólidos sus fundamentos, es tan bien construido el edificio, que no serán bastantes para cuartearlo los proyectiles todos de la reacción en derrota.

De parte de la prensa conservadora, no nos sorprende semejante táctica. ¿Qué harían nuestras clases conservadoras, por lo regular incultas, si no erigiesen la protesta en sistema? Cada cual da lo que tiene, y quien no puede proponer soluciones no es de extrañar que combata las existentes, ó las que puedan existir.

Lo extraño, lo que no acertamos á comprender de una manera clara, es que á la campaña de cierta prensa no se oponga por parte de los republicanos, con la entereza que el caso requiere, el convencimiento de la propia doctrina, que es esta noble y honrosa para sus defensores.

Esa actitud defensiva—si á tanto llega—de la mayor parte de la prensa republicana, no puede tener otros móviles que una incalificable ignorancia de lo que constituye la esencia del credo republicano, ó una despreciable ausencia de todo sentido moral.

Porque Briand pronunció una palabra sencillamente monstruosa, en un país republicano, al decir que en ciertos casos no hubiera vacilado en llegar á la ilegalidad, nuestros conservadores miopes hacen de ello un sistema, y nuestros republicanos ingenuos, únicamente atentos á la persona que la pronunció, no fijándose en su alcance, hacen el juego con su silencio á las pretensiones conservadoras.

No, republicanos; no estuvo afortunado Briand al lanzar la amenaza de llegar á la ilegalidad, si las circunstancias lo exigiesen; no lo estará mañana, si, como es dable suponer, quiere restringir las libertades sindicales.

Como profesamos nuestras ideas honradamente, queremos poner á su defensa todas las razones que creamos pertinentes; pero, por lo mismo que la hon-

radez es nuestra línea de conducta, queremos hacer una afirmación categórica: *Bien que partidarios acérrimos de los derechos individuales, no podemos admitir la teoría de que, en un momento dado, pueden paralizarse los servicios nacionales.*

Para explicar el derecho á la huelga, no hace falta siquiera abrir el código; basta tener sentido común. El derecho á la huelga, el derecho á cruzarse de brazos, lo tiene todo hijo de mujer. Pero si todo el mundo tiene el derecho de pasearse, tiene también el deber de cumplir sus compromisos. Que los trabajadores que viven al día, sin ninguna clase de seguridades para lo porvenir, se conciernen para declararse en huelga, si así creen defender sus intereses, nada hay en ello de pecaminoso. La huelga es un arma de dos filos; cuando se esgrime sin razón hiera á los que la emplean. Pero para el funcionamiento del Estado, para el empleado de ferrocarriles que, además de la continuidad en el servicio, tienen derecho al retiro, para esa categoría de ciudadanos no puede hablarse del derecho de huelga, porque el Estado, ó las compañías ferro-viarias, han *contratado* la continuidad en la carrera á cambio de la continuidad en los servicios, y á la ejecución de los contratos está sujeto todo el mundo.

¿Cómo defenderán, pues, sus intereses esos ciudadanos, si el derecho que tiene cada cual á cruzarse de brazos, ellos no pueden ejercerlo? En eso estriba precisamente el error de Mr. Briand, al querer restringir el derecho de coalición. Las aspiraciones no se destruyen, se encauzan. Conviene que se les asegure un medio de formular todas sus reclamaciones personales, todas sus reivindicaciones colectivas, sometiéndolas á las compañías, ó al Estado, y en caso de litigio, que se resuelva el conflicto en un sentido de equidad. Para eso hacen falta comisiones de arbitraje, y sanciones para la parte que no quiere someterse. Este sistema, que funciona maravillosamente en el Canadá, es lo único serio que puede intentar un hombre de gobierno. Por eso Millerand, ex-ministro de Obras Públicas del anterior gobierno, ministro que fué allado de Waldeck-Rousseau, y colaborador, por consiguiente, de la ley de asociaciones de 1901, quería encaminarse á esta solución, la única que pueda defenderse en serio. Pero, por más que se tenga razón, en momen-

tos de excitación, llegan primero los que gritan que los que razonan.

Ahora Briand intenta empañar la doctrina republicana con restricciones ilícitas; su sueño quedará frustrado; el pueblo republicano sabrá reconocer á sus jefes.

CHANTECLER.

El problema del vivir

PARA «CIUDADANÍA»

Este es el punto culminante en donde deben convergir todas las miradas de los hombres de buena voluntad y de altruistas miras y muy especialmente los encargados de regir los destinos de las naciones, al igual que las clases capitalistas é industriales que sin ningún género de duda son las más interesadas y á las que más directamente afectan las luchas intestinas de nuestros tiempos que se ventilan entre el capital y el trabajo; su fin ha de ser suavizar asperezas y evitar resquemores, enderezando el rumbo hácia horizontes de concordia y armonía entre estos dos importantes factores de la vida humana: el capital y el trabajo. Para ello precisa una gran dosis de prudencia, relegar al olvido ciertos prejuicios de clase y estar verdaderamente poseídos de que se persigue un fin desinteresado y humano; es indispensable que todos nos demos cuenta de la constante y eterna evolución que en todo va realizándose, y que la ceguera de grandezas y predominio no nos haga desconocedores, ni mucho menos injustos con aquellos que mediante su continuada labor realizan la magna obra del trabajo corporal en sus múltiples fases.

Es necesario recordar que no es hoy como ayer; que los adelantos de la mecánica han revolucionado la producción centuplicándola hasta lo infinito y que ante semejantes hechos evidentes y tangibles, fuera absurdo cerrar los ojos y empeñarse en no buscar un justo equilibrio que suavice las asperezas que surgen fatalmente entre los dos factores de la producción, máxime cuando en realidad todas las ventajas que ha traído esta misma evolución, suelen estar vinculadas en interés exclusivo de la clase industrial y capitalista.

Nuestra clase obrera, vive al día, hay que confesarlo implícitamente y mal harán aquellos que se empeñan en ver solo en ella rebeldías inmotivadas que confían apagarlas, ó reprimirlas al menos, confiando en un insensato orgullo de clase para imponer una humildad y servilismo degradante y extemporáneo.

Obrando de esta suerte, como imprudentemente viene haciéndose a menudo, es sencillamente encomendar á la revuelta y á la revolución la obra que germina ya en los cerebros, incultos en general de esa gran masa anónima.

No somos, ni sectarios ni apasionados en nuestros juicios; creemos ser meramente previsores al exponer, en

este pequeño bosquejo, nuestra modesta al par que sincera opinión; y tengase en cuenta que por hoy pre-cíndimos de ahondar en tan árduo problema, puesto que si tal hiciéramos tal vez no fuera la peor parte aquella que á nuestro leal saber y entender, correspondiera á los que sin miramientos ni escrúpulos usufructúan la vida, quedándose con la parte del león.

El Ldo. Requejo.

Palamós.

José Clará

Por tratarse de nuestro amigo transcribimos un artículo del *Globo* de Madrid, que bien vale la pena de ser conocido por los paisanos del ilustre escultor, cuyo triunfo reciente ha atraído sobre su personalidad la atención de toda España.

«Sobre los protestados nombres de los artistas, entre los que un desafortunado Jurado repartiera los premios como botín, se levanta uno, poco conocido aquí hasta ahora; un artista grande, vigoroso, original, el escultor José Clará.

Trabajando tenazmente durante largos años en París, librándose de peligrosas influencias pasajeras, ha venido á Madrid, cuando ya una estatua suya se puede admirar en el Museo del Luxemburgo, cuando ha obtenido la más alta recompensa en extranjeras exposiciones, y lo que vale más que todo: con una personalidad propia y sólida.

Es, en nuestros certámenes, la sección de escultura escasa y pobre de interés, mostrando no sólo la carencia de fuertes temperamentos, sino la falta de toda orientación de arte,

Después de las alejadas figuras de Blay y Benlliure, hay asomos de una dirección marcada por el espectáculo del dolor de los humildes, y acaso en Constantino Meunier aprendida, que aparece en los hermanos Oslé; hay cuidadosos modeladores llenos de exquisitez y elegancia como Caullant Valera; hay algunos como Enrique Marin, con una fina aptitud para un arte de gracia y ligereza. Pero no hay un fuerte estatuario. Y está vez en el palacio de Cristal, se ven dos yesos de grandes líneas, de severa grandeza, en soberbia inmovilidad; la luz reposa largamente sobre estas grandes masas, acusando la belleza de las obras, que se llaman «La diosa» y «El crepúsculo».

Creo firmemente que todo espíritu virgen ha de admirar y ha de sentir más fácilmente la gran belleza de los cielos serenos y radiantes; la grandeza del fragor de los torrentes al caer de las cimas, que los matices del ocaso y el tranquilo murmurar de los arroyos; como para espíritu sin cultivo musical me parece ha de ser mayor la sacudida ante el clamor de tempestad de Wagner que ante la limpidez de manantial de Gluck. Así creo que estas fuertes estatuas, tan distintas de todo lo que en España venimos viendo desde larga fecha, han de levantarse sobre todas las lindas obras consuetudinarias ante todos los ojos.

Son desnudos de mujer. Y son mujeres castas, graves, silenciosas; sin dolor, pero sin sonrisa. No son griegas, ni son romanas, aun que tengan la serenidad de aquéllas, la robusta quietud de éstas: son humanas, y á fuerza de serlo adquirieron el valor de símbolos.

Ante ellas se dirá, serenidad; yo digo, misticismo. No conozco las obras primeras de Clará, pero imagino una larga vida de tormento interior, de lucha por su idea fervorosa, en medio de muchos caminos que se le ofrecían como tentaciones. La vida de todo artista verdadero tiene algo de la existencia de los antiguos eremitas: han de encerrarse en el desierto, buscar y merecer y alcanzar á su Dion en una constante lucha interior; y en este desierto vienen á buscarles todas las formas que están fuera de ellos mismos y han de huirlas como tentaciones. Y así me parece Clará; y ahora, cuando la realización es serenidad y majestad en lo exterior, se puede adivinar una gran fogosidad y devoción interior.

Si el renacimiento y los antiguos hallaban el más alto abjeto de las artes humanas en la representación del humano cuerpo, después de tantas desviaciones en la estatuaría de los últimos tiempos, Clará vuelve los ojos á aquel principio, pero realiza una deificación, y sus mujeres son: «La Diosa», «El Crepúsculo». Y para ello no necesita símbolos, ni sístesis: el cuerpo humano es bastante.

Cada objeto necesita un fondo donde ha de maverse ó donde ha de existir; no puede existir aislado. Al crear obras artísticas ha de tenerse en cuenta el fondo que las ha de completar; y éste es siempre la Naturaleza. Y la obra artística se empujea cuando su destino es un espacio limitado, y llega á su último extremo con la escultura para los modernos interiores.

Aquí cabría poner los ejemplos de la escultura griega, hecha para el Sol y la Luz; de la gótica, hecha para la grandeza de los templos; pero hemos de pasar por estas fáciles digresiones. Las obras de Clará son para el aire libre, es escultura arquitectónica y tiene toda la grandeza de tal destino. ¡Oh, la belleza de estas estatuas en mármol y en un jardín, en plena naturaleza, como emanación de ella!

Expone también Clará una soberbia cabeza en yeso, «Bachis», de una hermosura antigua y verdadera obra maestra; otra cabeza en bronce, «Hércules», y dos estatuillas, muestra del artista fino y el modelador irreprochable. Pero la característica de Clará, no es la gracia, sino la fuerza.

G. Martínez Sierra decía en un ensayo publicado hace ya tiempo, que la escultura de Querol canta y solloza; la de Benlliure, ríe, y la de Blay, sueña entre brumas; y como cualidades, tal vez, mostraba los defectos.

La escultura de Clará es sólo escultura, grave, de su belleza; rica, de su serenidad; con una propia vida de suprema inmovilidad, como los mármoles antiguos: no canta, ni ríe, sueña.

Como Augusto Rodin, aborrece la escultura de intenciones literarias, y como el maestro francés podía decir este maestro español: «no niego que yo piense y que ame los símbolos y